

MANUEL PECELLÍN LANCHARRO

Carlos Sánchez Pinto *MADERAS DE ORIENTE*, Sevilla, Editorial Algaida, 2006

Con esta obra Carlos Sánchez obtuvo el IX Premio Ciudad de Badajoz 2005. Tres veces he leído su novela: como partícipe de la comisión lectora, miembro del jurado y responsable, esa noche, de ofrecer su perfil público. Cada una de ellas me confirmaría las calidades del texto ganador del concurso convocado por el Ayuntamiento pacense. Lecturas anónimas (permítaseme el tropo) las dos primeras, según la plica de las bases; la última, ya con conocimiento del autor, que la solapilla de sobrecubierta nos descubre como castellano de origen, residente en Valencia y duelo de una importante obra éditada, avalada con los múltiples e importantes galardones literarios conseguidos: Ateneo de Valladolid (1978), Armengol (1981), Ateneo Marítimo de Valencia o el Ciudad de Salamanca (2000) de novela. A los que deben añadirse otros, igualmente prestigiosos, de cuentos: Hucha de Plata, Antonio Machado, Gabriel Miró, Ignacio Aldecoa o Miguel de Unamuno.

La maestría de creador tan contrastado luce espléndida en *Maderas de Oriente*, un texto donde todo se descubre conducido con perfección: desde el título al nombre de los protagonistas; desde el tempus y compleja estructura del relato, hasta la pulcritud de la prosa, adornada con tenaz recurso al vocabulario propio de la cultura agropastoril del pueblecito donde se desarrollan los acontecimientos. ¡Qué riqueza lingüística, sabiamente agavillada para mejor describir el entorno espaciotemporal de la narración!

Vayamos por partes. *Maderas de Oriente* (o sus homólogas *Orgía*, *Maja*, *Embrujo de Sevilla*...) es el nombre de una de esencias olorosas inconfundibles, capaces de recrear con su perfume el aire y la imagen de toda una época, treinta y cuarenta del pasado siglo, cuando los productos

de Myrurgia figuraban en primera línea de la cosmética española. Es el periodo en que se sitúa el relato, durante la España de la inmediata posguerra, donde aún perviven los ecos del terrible drama sufrido en nuestro país. Como un leit-motiv oloroso, el perfume de aquella madre, no biológica, de un adolescente desequilibrado –magnífica mujer– genera continuas identificaciones rezumantes de erotismo. Por lo demás, un erotismo podríamos decir telúrico, tan natural como la lluvia, la fecundación de las plantas o el cubrimiento y parto de los animales, inocente o no tanto, impregna las páginas y los personajes que la habitan.

Pero, una vez más, eros y tánathos caminan al unísono en *Maderas de Oriente*. La obra rezuma un clima trágico, que evoca inevitablemente las grandes creaciones clásicas del género, aunque bajo vestiduras actualizadas: comienza con la muerte del padre (Yago), cerrando con la de la madre (Dorinda) del personaje central (Edipio), aquel bajo las ruedas del primer tractor llegado al pueblo; ella, a manos de su propio hijo. Son los auténticos protagonistas de la narración, aunque no conviene olvidar otros, como el párroco (Don Casto), trasunto del Tiresias griego que descubre las relaciones incestuosas entre Yocasta y su hijo.

Reclamaré atención para los nombres propios, tan sabiamente elegidos. Yago, el padre, un mozo de recia personalidad, primario y trabajador, sufre celos permanentes, sin motivos reales. Yago (hipocorístico de Santiago) es un personaje de la tragedia *Otelo, el moro de Venecia*, de William Shakespeare. Servidor y confidente de Otelo, Yago odia al moro y envidia el amor que Desdémona siente por él; durante toda la obra trama un complejo plan para engañar a Otelo, haciéndole creer que su mujer le es infiel con Casio, su lugarteniente, dando así lugar al intenso drama pasional que motiva la obra. Siniestro por su duplicidad y su perseverancia, Yago es tan importante en el desarrollo de la obra como el mismo Otelo. En la novela, cuyo discurso temporal no sigue la lógica lineal del reloj, rehaciendo en feed-backs repetidos el calendario, la figura paterna ocupa también un lugar notable.

Edipio (“mingalarga”, por feliz designación de sus generosas partes) es el protagonista; el nombre no puede menos de evocar el famoso complejo así llamado por Freud, el padre del psicoanálisis, para designar la atracción erótica que entre madre e hijo se establece, ante la figura amenazante del progenitor. Según todos sabemos, Edipo fue el rey mítico de Tebas, hijo de Layo y Yocasta, que mató, sin saberlo, a su propio padre y desposó a su madre. Etimológicamente, “Edipo” significa “el de los pies hincados”. (Aquí, Edipio lo que tiene llamativamente gorda es la cabeza). Ya adolescente, el Edipo de Sófocles, por habladorías de sus compañeros de juegos, sospechó que no era hijo de sus pretendidos padres. Aquí aprenderá que Dorinda es sólo su madrastra, aunque lo cuide como la

más amorosa madre, junto a la que desea vivir permanentemente, más aún cuando ya el padre ha desaparecido. Sólo que los celos paternos revivirán en él, hasta el punto de desencadenar el crimen.

En cuanto a la estructura del relato responde a un recurso bien conocido en la historia de la literatura. Lo usó Cervantes con el manuscrito de Cide Hamete Benengeli como supuesto origen del Quijote. Y lo utilizaría, como tantos, Camilo José Cela en la obra donde muchos han querido descubrir la Extremadura rural trágica, *La familia de Pascual Duarte*: el protagonista mismo serían los redactores de un cuaderno autobiográfico, compuesto en primera persona, que alguien recibirá mucho después, cuando ya se haya desencadenado la tragedia y sobrevenga el arrepentimiento.

Puede parecer bien dudoso que, dadas las limitaciones intelectuales y emocionales de los protagonistas elegidos –el rudo, violento y casi analfabeto campesino en el caso de Cela; aquí, un inmaduro crío, cabezón y babeante, que chupa piedras continuamente– sean capaces de componer textos de tan alta penetración psicológica, un discurso homodiegético de tamaño envergadura. Aunque en este caso, Edipio una a sus desequilibrios emocionales, sorprendente afición por la lectura. Poco importa, pues nadie va a engañarse con el artificio del novelista, él sí auténtico y acertado creador.

Como tampoco resulta literariamente relevante si éste se ha inspirado en sucesos reales, según hiciese Lorca con su inolvidable tragedia *La casa de Bernarda Alba*, o es todo fruto de su libérrima imaginación. Lo que sí importa es la verosimilitud, la adecuación de entre los personajes y el clima social, político, económico, religioso... en que se desenvuelven. Y esto se percibe impecable en la obra, adornada por ello mismo de notables apuntes etnográficos y antropológicos. Costumbres como las de la enramada, el lunes de Aguas, la vara del Señor, la indispensable matanza o la crudelísima “cencerrada” contribuyen al tipismo de la novela y su sugerente ambientación. Tal vez a este propósito, sin duda intencionado, respondan los “laísmos” que se deslizan.

Mínimas máculas, en todo caso, para una prosa como la de *Maderas de Oriente*, que más de una vez alcanza momentos cumbres, de extraordinaria belleza. Permítanse reproducir estas solas líneas, en que Edipios recuerda: “ Y luego salíamos al campo y mi madre me hacía ver el paisaje de arcilla de los barbechos; las tardes de oro viejo de la rastrojera; la luz cernida sobre el pueblo; las urracas vestidas con guardainfante” (p. 57). Pasajes como éste, auténticos óleos verbales, abundan.

Novela tan hermosa hubiese merecido de los editores una más cuidadosa corrección de pruebas, para impedir se deslicen tal multitud de erratas. Algunas, realmente chuscas, como la que sorprendemos en la

página 105, donde se dice que las mellizas –personajes secundarios, pero también atrayentes–, cuchillo en ristre “partieron la tarta a la limón”. Seguro que el propio Carlos Sánchez es el primero en lamentarlo, así que no hay por qué insistir.

Súfralo con paciencia, convencido de que nos ha regalado una obra excelente, capaz de prender al lector de principio a fin. Una novela, en definitiva, que lo honra a él y a los responsables del Premio Ciudad de Badajoz.

María de la Luz Mejías Correa, *ASÍ FUE PASANDO EL TIEMPO. MEMORIAS DE UNA MILICIANA EXTREMEÑA*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2006

En línea con los esfuerzos por la recuperación de la memoria histórica, la editorial Renacimiento publica este volumen, significativamente intitulado “Memorias de una miliciana extremeña”. Lo fue María de la Luz, quien optó por tomar las armas para defender la II República y quedarse junto a los seres más queridos, entre ellos el padre, el esposo, un hermano y otros familiares. Cara habría de pagar aquella elección, a cuyas motivaciones ha permanecido fiel durante su larga vida. Ahora, ya nonagenaria, merced a la ayuda del nieto, Manuel Pulido Mendoza (Badajoz, 1977), historiador, que suscribe el prólogo, ha logrado plasmar sus vivencias en un libro beneficiado con ayuda a la edición por la Junta de Extremadura.

La obra tiene cinco partes y un hermoso epílogo. Los difíciles avatares de la infancia y mocedad, el periodo bélico (fundamentalmente en Madrid), el regreso a un Badajoz traumatizado por la represión y la miseria, los años del tardofranquismo y la vuelta de la democracia constituyen los capítulos de este tan personal relato.

Nacida en una familia de pastores y yunteros con fuerte carácter, adeptos al PSOE, M. Luz se crió entre Higuera de Vargas, Olivenza y la capital pacense. Aquí trabajó en la clínica de Augusto Vázquez, hijo y hermano respectivamente de notables socialistas. Al producirse la sublevación de Julio, conocedora de las bárbaras actuaciones que los militares desencadenan en los pueblos ocupados y del peligro que ella misma corre (parte de los suyos morirían ante el paredón), decide sumarse a la columna “Pedro Rubio”. Tras la caída de Badajoz y a través de la Serena, alcanza Madrid, no sin una breve lucha ante el Alcázar de Toledo.

Sus actuaciones junto a los milicianos (al fin, también machistas, reconoce), así como las dificultades y condenas tras la derrota, constituyen texto conmovedor, aunque los análisis sociopolíticos en los que gusta detenerse resultan muchas veces discutibles, un punto ingenuos y exageradamente maniqueos: a su entender, todo lo malo entonces sucedido tuvo su origen en los “otros”.

Si la guerra fue dura, los años posteriores resultarían tremendos, mucho más para los derrotados. Con un valor y energía a toda prueba, extraordinariamente solidaria y generosa para los suyos, vencida pero no humillada, más próxima ya al PCE que al PSOE (ella sigue fiel al marxismo), la antigua militante se ingenia de mil modos para ir sacando adelante a la prole formada junto a otro recio miliciano. Y así hasta hoy, habiendo podido disfrutar de hijos y nietos a los que ha visto asentarse profesionalmente.

Aunque María Luz apenas pudo alfabetizarse, es una narradora nata y, sin duda, Manuel ha tenido que recortar los discursos grabados por la abuela (aún se perciben no pocas reiteraciones). Pero estas páginas rezuman sinceridad, convencimiento y fe en los ideales propios, aunque no se comportan todos sus juicios.

Francisco Sánchez de las Brozas *DECLARACIÓN Y USO DEL RELOX ESPAÑOL/LA ESFERA DEL MUNDO*, Diputación de Cáceres, ICB, 2006

Entre las actividades organizadas por la Institución Cultural “El Brocense” para conmemorar el XXV aniversario de su fecunda existencia, se ha programado la publicación de dos obras pertenecientes al gran humanista que le da nombre: Francisco Sánchez de las Brozas, más conocido como El Brocense, catedrático que fue en la Universidad salmantina durante toda la segunda mitad del siglo XVI. Ambos títulos se encartan en una carpetilla, cuyas cubierta y contracubierta recogen cada uno de ellos. César Chaparro, catedrático de Latín y antiguo rector de la Universidad de Extremadura, es el responsable de estas publicaciones

La edición “princeps” de *Declaración y uso del relox español entretejido en las armas de la muy antigua y esclarecida casa de Rojas, con el mesmo Relox agora nuevamente compuesto por Hugo Helt Frisio y romançado por Francisco Sánchez natural de Las Broças, con algunas addiciones del mesmo* fue hecha por Juan de Junta en Salamanca el año 1549. César ha preparado un facsímil de la misma, añadiendo también, para más fácil lectura, la transcripción del texto. Suyos son así mismo la traducción del epigrama latino que adjuntase El Brocense, así como el prólogo, el estudio preliminar y las notas a pie de página, voluntariamente escasas. Como criterio editorial, ha preferido mantenerse fiel a los originales, en los que abundan las variaciones gráficas y lingüísticas con las normas de hoy (baste leer el título), corrigiendo sólo las erratas seguras.

Veinticinco años contaba El Brocense cuando tradujo al español la obra escrita en latín por Hugo Helt, añadiéndole algunos apuntes propios, difíciles de precisar, pues no se cuenta con el texto del autor. Nacido en Groningen (1525) formado en Lovaina y residente durante largo tiempo

en España, fue amigo y servidor de Rojas Sarmiento, II Marqués de Poza, con quien colaboraría en la escritura de un Planisferio donde se enseña cómo construir un astrolabio.

Para que figurase en el escudo de armas de su Mecenas, el frisio trazaría un reloj de sol, con un calendario astronómico, capaz de decir las horas, tanto de día como de noche, en nuestro país y sus ricas posesiones europeas, “en todas las naciones del Señorío de España”. Lamentablemente, se ha perdido la lámina adjunta en la que se grababa imagen de tan ingenioso instrumento, cuyas cualidades se desarrollan en el libro. Analizándolas, César concluye que se trataba de un astrolabio simplificado, más que de un simple reloj solar.

El Brocense añadió un *Epigrama de nueve dísticos elegíacos* e hizo insertar un soneto del famoso andaluz Juan de Mal Lara.

Junto con la obra *Declaración y uso del reloj español* aparece en la misma carpeta *La esfera del mundo*. Reproduce el prólogo y la introducción general puestos por César Chaparro, responsable de ambas ediciones. Las dos forman parte del corpus científico del humanista extremeño, que también escribió otro trabajo de cosmografía, un comentario al *De situ orbis* de Pomponio Mela. (Las tres han sido analizadas por José Cobos y Eustaquio Sánchez en un estudio incluido dentro del volumen *Humanismo Extremeño II*, publicado por la R. Academia de Extremadura).

La esfera del mundo se publicó por primera vez en Salamanca el año 1579, seguramente con fines didácticos, pues su autor regía entonces la Cátedra de Astrología en la Universidad del Tormes. Se hizo años después (1588) otra edición, corregida y aumentada, cuyo texto se reproduce ahora facsímil, adjuntándole la correspondiente transcripción (en realidad, no necesaria) y la muy oportuna traducción al castellano.

Para escribir este libro, El Brocense se serviría de obras anteriores, como la *Esfera de Sacrobosco* o los comentarios al mismo compuestos por Pedro de Ciruelo y Pedro de Espinosa. Era ésta práctica habitual en la época, según reconoce en el título nuestro autor.

Ahora bien, en la dedicatoria puesta por éste a Pedro Portocarrero (hijo de los marqueses de Villanueva del Fresno, rector de la Universidad de Salamanca, obispo e inquisidor general) se ocupa de esclarecer las peculiaridades de su trabajo, con la frescura típica en su estilo: “Mucho escribió sobre esta materia Sacrobosco, es decir, mucho papel empleó en el empeño, sin embargo mucho más contenido hay en estas pocas páginas. Él frecuente e intempestivamente se va por los ramas; nosotros, en lo que al arte se refiere, disponemos todo de forma clara y en buen latín”.

Entre las virtudes del Brocense no figura la humildad, pero tampoco pueden señalarse entre sus defectos la ignorancia ni la falta de método. Según acostumbra, se enorgullece de cuanto escribe (la Inquisición lo acusaría de ser un hombre temerario, muy atrevido y mordaz, como lo son todos los gramáticos y erasmitas), pero no le faltaban buenas razones para estar satisfecho de su labor docente e investigadora, aunque a veces se excediera en las críticas.

Sin duda, las virtudes del catedrático extremeño brillan más cuando se ocupa de cuestiones lingüísticas, filosóficas o didácticas que de asuntos astronómicos. En éstos, tal vez carece de los conocimientos, especialmente matemáticos, que la astrofísica exige e iban desarrollándose de forma extraordinaria por otros lugares de Europa, sin alcanzarse entre nosotros noticia suficiente sobre los mismos. Sin embargo, la obra, repleta de referencias clásicas y con ilustraciones que facilitasen el uso práctico de sus doctrinas, resulta interesante. Las abundantes notas a pie de página ayudan a un mejor entendimiento.

Al profesor César Chaparro, vicepresidente de la UBEX (Unión de Bibliófilos Extremeños), hay que agradecer su constatada entrega a la recuperación de los grandes Humanistas nacidos en esta Comunidad.